

Las "Pre-Historias" de la Literatura Inglesa: 1548 - 1774

D. José María Bravo Gozalo

Entre 1548 y 1774 se publicó un conjunto de obras que, en el curso del presente trabajo, van a recibir el nombre de «pre-historias» de la literatura inglesa. Se trata de un género que todavía no se ha estudiado suficientemente (1) y que, a pesar de sus evidentes y grandes limitaciones (2), pre-

(1) La obra clásica sobre los orígenes de la historiografía literaria inglesa es: René WELLEK: *The Rise of English Literary History*, Chapel Hill (U. S. A.), The University of North Carolina Press, 1941. Otras obras importantes son: Harrison Ross STEEVES, *Learned Societies & English Literary Scholarship*, 1913. (He utilizado la reimpresión de The A. M. S. Press, N. Y., 1970); John Gerard O'LEARY, *English Literary History & Bibliography*, Londres, Grafton, 1928; Louise-Noëlle MALCLES, *La bibliographie*, Paris, P. U. F., 1956, reimpresión (en lo sucesivo: R); Claude CRISTIN, *Aux origines de l'histoire littéraire*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1973.

O'LEARY y WELLEK nos proporcionan la información fundamental sobre las «pre-historias» más destacadas, pero no hacen un análisis del género; CRISTIN, por su parte, intenta un estudio de conjunto, pero se trata de un trabajo inacabado, que se refiere fundamentalmente a la literatura francesa, y su objetivo principal es el examen de la «imagen de los trabajadores intelectuales en la segunda mitad del siglo XVII».

Pero la mejor fuente de información de primera mano sobre este tema son los prólogos de las «pre-historias», y, sin lugar a dudas, las más interesantes, desde este punto de vista, son las de Johan BALE, *The Laboryouse Journey & Serche of Johan Lelande for Englandes Antiquitees*, 1549 y *Scriptorum Illustrium Maioris Britanniae Catalogus*, 1557; Edward PHILLIPS, *Theatrum Poetarum*, 1675 y Anthony WOOD, *Athenae Oxonienses*, 1691.

(2) La visión de las «pre-historias» más desfavorable que conozco es la que conozco es la que se formula en la siguientes palabras de Clarissa RINAKEK: «During the two preceding centuries —i.e. de 1550 a 1750— a number of works dealing more or less directly with the subject had appeared [...]; the small number of such attempts is not so striking as the poor quality of even the best results. What passed in the seventeenth century for a history of poetry was a sort of miscellany or compendium of anecdotes of the lives of poets arranged alphabetically rather than chronologically, without historical perspective & with no critical value. The tradition of Phillips, Winstanley & Langbaine was carried on in the eighteenth century by Jacob, Tanner & Cibber, whose "dictionaries of Poets" differed scarcely at all from the catalogues from which they were copied», *Thomas Warton: A Biographical & Critical Study*, 1916. He utilizado la reimpresión de la Johnson Reprint Corporation, N. Y., 1967, pág. 79.

senta un gran interés, ya que arroja luz sobre la naturaleza de la historia literaria del autor (3)

El objetivo de este artículo es demostrar el valor que tienen estas obras desde el punto de vista *historiográfico*, por lo que voy a examinar, en primer lugar, el origen de las mismas, para después, hacer una relación de las «pre-historias» más significativas, y finalizar con un análisis de las características más importantes del género, en el que prestaré especial atención a los dos puntos hasta ahora más olvidados: las funciones que estas obras desempeñaban y los rasgos que, más adelante, se incorporarán al primer paradigma de la historiografía literaria inglesa.

* * *

La historiografía literaria inglesa nació de la misma forma que las demás disciplinas: recopilando datos (4). En efecto, las primeras «pre-historias» aparecieron cuando una serie de anticuarios —el gran pionero fue Johan Leland (1506P-1552), como veremos posteriormente— empezaron a buscar, coleccionar y catalogar los restos de la destrucción causada por la disolución de los monasterios (1536-1539), encontraron un conjunto de libros y de manuscritos, y, tras yuxtaponer

(3) En el presente trabajo, utilizó el término «historia literaria del autor» para referirme a las historias de la literatura, que, como es bien conocido, reciben nombres muy variados: «tradicionales», «académicas», «filosóficas», «survey histories», etc. Creo que la denominación que propongo es más correcta que las anteriores, porque no debemos perder de vista que, en gran medida, son obras unidimensionales, ya que el autor es el verdadero concepto clave de este tipo de historia de la literatura —el único aparecido hasta la fecha—, mientras que las otras dos vertientes del hecho literario —los textos y el lector— son ignoradas parcial o totalmente, o estudiadas asistemáticamente y en función del autor.

(4) Sobre la situación en las primeras etapas del desarrollo de una ciencia, cfr. T. S. KUHN, cap. II («The Route to Normal Science»), *The Structure of Scientific Revolutions*, 2.^a edición revisada y ampliada, Chicago U. P., 1970.

Por otra parte, FRYE afirma: «Sciences normally begin in a state of naive induction: they tend first to take the phenomena they are supposed to interpret as data», *Anatomy of Criticism*, Princeton U. P., 1973, (R), pág. 15.

el caudal de datos —fundamentalmente de carácter bibliográfico— reunidos más o menos caótica y fortuitamente, pues todavía no existía ningún paradigma que les diera orden y vida, publicaron relaciones (por supuesto, nada sofisticadas) de los manuscritos y libros existentes (6).

Efectivamente, así surgieron una serie de obras que, a lo largo del presente trabajo, recibirán la denominación de «pre-historias» —no son propiamente historias de la literatura, pero, por primera vez, en ellas se perfila con claridad lo que va a ser la futura historia literaria del autor—, y que podemos dividir en dos grupos: A) Repertorios o catálogos bibliográficos, y B) Colecciones de biografías, aunque, en realidad, la división sea un poco artificial, pues, en el primer grupo, generalmente también hay un ingrediente biográfico importante, y, en el segundo, suele estar presente el elemento bibliográfico, por lo que, de hecho, la diferencia entre ambos subgrupos es simplemente de grado. Por consiguiente, dada la relación tan estrecha que existe entre ambos subgéneros, voy a proceder a realizar un análisis global de las «pre-historias», después de examinar las dos vertientes o subgéneros separadamente.

Ahora bien, para poder comprender (y valorar en su justa medida) la gran aportación de estos autores, hay que tomar como punto de partida el estado en que se encontraba el material de base —los libros, manuscritos e impresos— de la historiografía literaria inglesa en el segundo tercio del siglo XVI. Pues bien, la realidad es que, por estas fechas, la situación era verdaderamente caótica, ya que se estaban viviendo las últi-

(6) O'LEARY describe este proceso con las siguientes palabras: «Few arts have had so humble beginnings as the subject of this thesis. The antiquarian in his search for «remains» happened to come upon books & manuscripts in monastic & ecclesiastical libraries. Regarding these merely in the same light as coins or medals, he made records of their existence. To this alone we owe the first bare records of literary documents, with nothing more than alphabetical sequence of names & prenomina at that», op. cit., pág. 8.

mas etapas de un largo proceso de deterioro que se había iniciado varios siglos antes.

En efecto, durante la Edad Media, los libros —que se almacenaban, fundamentalmente, en bibliotecas monásticas esparcidas por toda Inglaterra— se habían visto sometidos a un largo proceso de degradación y de destrucción (7), debido a que, sobre todo a partir de los siglos XIII y XIV, la opinión más generalizada les consideraba «objetos inútiles», pues carecían de los conocimientos lingüísticos necesarios para poder leerlos (8).

Este proceso alcanzó su punto culminante en el siglo XVI con la disolución de los monasterios, que tuvo lugar entre 1536 y 1539 (9), período en el que perecieron ingentes cantidades de libros (10), no sólo porque se seguía pensando que no tenían ningún valor (11), sino también porque el hecho de que se encontraran en las bibliotecas de los monasterios, les convirtió en símbolos de la Antigua Iglesia.

(7) BALE afirma que un número muy elevado de libros, pereció en las bibliotecas en que «estaban encerrados», destruidos por el olvido, la oscuridad, el polvo, y la acción de las polillas y los gusanos. Estas son sus palabras (muy emotivas y agresivas, como es propio de este autor): «Luctuosa profecto lactura nobis videri debet, tot tantorumque clarissimorum monumentorum interitus: quae cum in claustris Monachorum, ventri & gulae magis quam Libris aut literis dedicatarum, clauderentur, vel a tineis ac vermibus corrosa, vel malitia & invidia hominum de religione pessime iudicantur deformata atque dilacerata in tenebris cae cae caligine perierunt, in lucem vero atque notitiam hominum bonorum & studiosorum nunquam aut raro prodierunt», BALE, *Catalogus*, op. cit., primera introducción.

(8) Sobre este punto existen testimonios muy abundantes. M. W. GROSE & D. McKENNA, por ejemplo, afirman: «By the thirteenth or fourteenth century they —los libros— were generally considered worthless, for there were very few people, except those with a specially cultivated antiquarian taste who could read them», *Old English Literature*, Londres, Evans Bros., 1973, pág. 101. (El subrayado es mío).

(9) Vid. E. L. WOODWARD, *Historia de Inglaterra*, Madrid, Alianza, 1974 (R), pág. 99.

(10) La C. H. E. L., después de afirmar que «the destruction of books was almost incredibly enormous», cifra la destrucción de libros litúrgicos en unos 250.000 y añade que «nor can it be doubted that vast numbers of books less directly theological must have perished», A. W. WARD & A. R. WALLER (drs), *The Cambridge History of English Literature* (C. H. E. L.), Cambridge U. P., 1932 (R), vol. III, pág. 48.

(11) «The monkes kepte them undre duste, the ydle headed prestes regarded them not», Johan BALE, *Laboryouse Journey*, op. cit., introducción.

Efectivamente, la mejor fuente de información de primera mano sobre la destrucción de libros en Inglaterra en esta época —es decir: Johan Bale, en la introducción (dedicada casi en su totalidad a este tema) de *The Laboryouse Journey & Serche of Johan Lelande* (1549)— utiliza el término «desolacyon», califica a este fenómeno de «Thys unreasonable spole of Englandes moste noble Antiquytees», «Thys wycked facte of our age», «a moste horrible infamy» (12), y después de lamentar profundamente que, al disolverse los monasterios, no se hubiera tenido respeto alguno hacia los tesoros que se encontraban en sus bibliotecas, y de analizar las causas —la codicia de comerciantes, ciudades y universidades, principalmente— de la destrucción, Bale describe, con las siguientes palabras, el destino que daban a los libros sus nuevos propietarios:

«A great number of them whych purchased those superstyciouse mancyons —se refiere a los monasterios—, reserved of those lybrarye bokes, some to serve theyr iakes, some to scoure theyr candlestyckes, & some to rubbe their bootes. Some they solde to the grossers & sope sellers, & some they sent over see to ye bokebinders, not in small nombre, but at tymes whole shippes full, to the wonderynge of the foren nacyons» (13).

De modo que en el siglo XVI se intensificó notablemente el proceso de degradación y destrucción que sufría la docu-

(12) Johan BALE, *ibid.*

(13) Johan BALE, *ibid.* Y el propio Bale, que comprendía perfectamente la gravedad de la situación, pues la vivía muy de cerca y daba extraordinaria importancia a la salvación de la destrucción y del olvido de los escritores ingleses y de su obras (como lo prueba el tono de exaltación que utiliza constantemente para referirse a los mismos: «noble workes», «notable workes of our excellent wryters», «Thys moste noble commodyte of our contrey», etc.), añade: «I knowe a merchaunt man whych shall at thys time be namelesse, that boughte the contentes of two noble lybraryes for XL shyllynges pryce, a shame it is to be spoken. Thys stuffe hath he occupied in the stede of graye paper by the space of more than these X yeares, & yet hath store ynough for as many yeares to come», BALE, *ibid.*

mentación inglesa desde hacía varios siglos, merced a los enormes destrozos causados por la disolución —y el saqueo subsiguiente— de los monasterios entre 1536 y 1539, hasta el extremo de que, en 1557, el propio Bale, describe la situación de los libros y manuscritos de las bibliotecas inglesas con estas desoladoras palabras: «pauci integri invenirentur; plerique vel sine capite & fronte mutilati, vel prorsus detriti atque corrupti /.../ reperiebantur» (14).

Por todo ello, no resulta exagerado afirmar que, en la segunda mitad del siglo XVI, el pasado literario inglés —es decir, los documentos sobre los que habían de basarse las futuras historias de la literatura— prácticamente había desaparecido o resultaba inaccesible. Un excelente punto de referencia es, sin duda alguna, Philip Sidney, poeta, persona culta y hombre identificado plenamente con el Renacimiento. Pues bien, en su *An Apology for Poetry*, en una ocasión inmejorable, ya que trata de poner de relieve los méritos de la literatura inglesa—, a pesar de afirmar que «Inglaterra siempre ha tenido poetas» (15), se muestra completamente incapaz de sustanciar esta afirmación presentando un esbozo de historia de la literatura inglesa, y la realidad es que al único autor inglés, anterior al siglo XVI, que conoce es Chaucer (16), al que, además, es incapaz de ubicar históricamente, pues le considera un fenómeno inexplicable. Es decir, en el último cuarto del siglo XVI, Sidney desconoce totalmente la literatura inglesa anterior a 1500, con la excepción de Chaucer.

(14) Johan BALE, *Catalogus*, op. cit., Introducción.

(15) «An certain it is that, in our plainest homiliness, yet never was the Albion nation without poetry», Philip SIDNEY, *An Apology for Poetry* (1595), He utilizado la edición que se encuentra en D. J. ENRIGHT & Ernest DE CHICKERA (drs.), *English Critical Texts, 16th to 20th Century*, O. U. P., 1963 (R.), línea 1.175, pág. 33.

(16) Del siglo XVI, menciona las siguientes obras: «Utopía» (1515, latín); la poesía de Surrey (c. 1517-1547); «A Mirror for Magistrates» (1559); «Gorboduc» (1565); «The Shephard's Calendar» (1579); también hay una alusión al eufuismo, aunque, naturalmente, sin utilizar este nombre (John Lyly, 1554-1606).

Pero es que incluso en una fecha tan tardía como 1675, Edward Phillips, en el prefacio de *Theatrum Poetarum*, se queja de la existencia de un desconocimiento prácticamente absoluto —«a profound silence» (17)— de la literatura inglesa publicada antes de 1630 ó 1640 y de que lo poco que se conoce los críticos lo desprecian.

Otra prueba —se podrían dar muchas más—, la proporción Anthony Wood, que, en el prefacio de su *Athenae Oxonienses* (1691), advierte que le hubiera gustado empezar su colección por el reinado de King Alfred, pero —queja que ya va siendo sistemática— señala que tuvo que abandonar este proyecto porque no le fue posible encontrar información anterior al año 1500 (18).

Los testimonios presentados son, pues, concluyentes: durante los siglos XVI y XVII, existía un desconocimiento prácticamente total —incluso por parte de las personas más cultas— del pasado literario inglés anterior a 1500, lo que, por otra parte, no debe extrañarnos en absoluto, pues se debía, simplemente a que la documentación se había perdido o era inaccesible.

Ahora bien, la gran labor de los anticuarios —que se desarrolló desde mediados del siglo XVI hasta el XIX inclusive— va a consistir precisamente en rescatar, coleccionar y sacar a la luz pública una ingente cantidad de documentos —de textos— que, en muchos casos, no se habían leído durante siglos. Se marcaron un objetivo puramente cuantitativo: reco-

(17) «The Antiquated & fallen into obscurity from their former credit & reputation, they are for the most part those that have written beyond the verge of the Present Age, for let us look back as far about 30 or 40 years & we shall find a profound silence of the poets beyond that time, except of some few Dramaticks /.../, Edward PHILLIPS, op. cit., prefacio.

(18) «It was Intended that this work should have begun with the reign of King Alfred, or rather before, but considering that very little could be collected either from Records, or from the Registers of the University —i. e. Oxford— /.../, It was thought more acceptable to commence this collection with the year 1.500, from which time to 1.690, It was much more certain & easy to find matters & means to carry it on», Anthony WOOD, *Athenae Oxonienses*, 1.691, Introducción.

ger cuantos materiales fuera posible (haciendo abstracción de la calidad de los mismos) y registrar todos los datos que se pudieran obtener sobre la *totalidad* de los escritores. De esta forma, progresivamente, se recogerán, coleccionarán, catalogarán y editarán las fuentes de la historia de la literatura inglesa —esta es la aportación fundamental de los anticuarios— y surgirán las «pre-historias», que, en un principio, no son sino la relación de los trabajos y hallazgos de los anticuarios, y, por eso, adoptan la forma de catálogos o repertorios.

Por otra parte, es necesario dejar bien claro que los anticuarios tuvieron que llevar a cabo esta ardua tarea ellos solos (19) y en unas condiciones pésimas, no sólo porque se encontraban en una posición claramente minoritaria, sino especialmente porque tuvieron que partir prácticamente de cero —se vieron obligados a crear incluso las herramientas de trabajo más elementales: catálogos, diccionarios, gramáticas, etc.—, y porque trabajaban en un ambiente abiertamente hostil: rodeados de la animadversión y el desprecio —la incompreensión, cuando menos— de los críticos (20), a quienes

(19) «Only the antiquarians were correcting texts, approaching Spenser & the Elizabethans through Inquiry as to their sources, collecting more & specimens of early literature & gradually building up a body of exact knowledge of former times upon which literary history could draw with precision. To the professional critics we owe very little». Edwin GREENLAW, op. cit., págs. 67-68.

Otra valoración de la aportación de los anticuarios al desarrollo de la historiografía literaria, nos la proporciona Giovanni Getto, quien en su obra dedicada a la historia de la historiografía literaria italiana, formula el siguiente juicio, perfectamente aplicable también al caso Inglés: «Così il movimento erudito segna, nel suo applicarsi alla letteratura, una fase importantissima nella formazione della storia letteraria, perché allora per la prima volta sorge il bisogno di un'autonoma ricerca storica, e la letteratura viene ad esse documentata indipendentemente da una necessità didattica illustrativa». Giovanni GETTO, *Storia delle storie letterarie*, Milán, Bompiani, 1946 (R), págs. 29-30.

(20) Como es sabido, los críticos hostigaron continuamente a los anticuarios y les convirtieron en el blanco predilecto de sus burlas y de todo tipo de ataques. El ejemplo clásico de esta actitud es el celeberrimo ataque del prestigioso doctor Johnson en el número 177 («The Account of a Club of Antiquaries») de *The Rambler*, donde se presenta una visión totalmente negativa de los anticuarios.

Varios ejemplos de estos ataques se encuentran en A. BOSKER, *Literary Criticism in the Age of Johnson*, N. Y., Gordian Press, 1970 (R), págs. 61 ss. Por ejemplo, el de Pope contra Hearne en el libro III de *The Dunclad*.

la toma de contacto con la literatura de la antigüedad greco-latina, les llevó, desde los siglos XVI al XVIII, «a renegar de todo lo que había hecho la Edad Media para reemplazarlo por lo que llamamos arte y civilización clásicos» (21), actitud que, lógicamente, contribuyó a la pérdida y destrucción de un número considerable de textos.

Pero el hecho es que, a pesar de todas estas dificultades, los anticuarios lograron llevar a buen puerto su empresa. En realidad, se puede decir que todo empezó a raíz de la disolución de los monasterios (1536-39), en virtud de la cual, como es sabido, una ingente cantidad de libros y manuscritos que habían permanecido olvidados y cubiertos de polvo durante siglos salieron a la luz pública y fueron puestos a la venta a precios muy bajos, lo que, a su vez, provocó la reacción de los anticuarios, coleccionistas y eruditos, que intervinieron para salvar aquellos tesoros.

El primer paso lo dio, como ya se ha dicho, Johan Leland, quien, tras visitar la práctica totalidad de las bibliotecas inglesas, hacia 1545, redactó cuatro volúmenes manuscritos que constituyen el primer repertorio bibliográfico, y, por lo tanto, la primera «pre-historia» de la literatura inglesa. Unos años más tarde, Johan Bale, basándose en Leland, publicó *The Laboryouse Journey & Serche of Johan- Lelande for Englandes Antiquitees* (1549, al final de cuya introducción («Johan Bale to the Reader»), lanzó un angustioso S.O.S en el que se pedía una actuación enérgica y decidida que pusiera fin a la destrucción, salvara el pasado cultural del país y lo pusiera de nuevo en circulación mediante la reimpresión de los textos más importantes: «Steppe you forth now last of all, ye noble men & women & bringe you into the lyghte, that they kepte

(21) G. LEFEBVRE, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Martínez Roca, 1974, pág. 15.

longe in the darkness or else in these dayes seketh utterly to destroye» (22).

De esta forma, a mediados del siglo xvi, se puso en marcha un lento proceso de recuperación y acumulación de material que iba a alcanzar el momento más álgido en la segunda mitad del siglo xviii y en los primeros cincuenta años del xix.

No es posible hacer aquí un análisis pormenorizado de la labor y aportación de cada uno de los anticuarios en el complejo proceso a lo largo del cual se rescataron, coleccionaron, y pasaron a la corriente principal de conocimientos sobre el pasado, los datos y fuentes principales de la historia de la literatura inglesa, porque nos desviaría de nuestro camino (23); por consiguiente, tras la valoración global que acabo de realizar, me limitaré a presentar brevemente los repertorios bibliográficos más importantes —a los que me voy a referir constantemente a lo largo del presente trabajo— en orden cronológico, y deteniéndome un poco más en Leland y en Bale, que son los más importantes (24)

A) CATALOGOS O REPERTORIOS BIBLIOGRAFICOS:

1. JOHAN LELAND (1506?-1552), anticuario de la Corona al servicio de Enrique VIII, recorrió (1534-43) toda Inglaterra y, con el conjunto de materiales recogidos en esta expedición, redactó (1545), cuatro volúmenes que la muerte le impidió publicar, y cuya importancia radica en que se trata de infor-

(22) Johan BALE, *The Laboryouse Journey*, op. cit., Introducción («Johan Bale to the Reader»).

(23) Por otra parte, este proceso está descrito, en sus líneas fundamentales, en dos excelentes libros anteriormente citados: *The Rise of English Literary History* (1941), de René WELLEK y *Learned Societies & English Literary Scholarship* (1913), de Harrison Ross STEEVES.

(24) Por otra parte, me veré obligado, Inevitablemente, a repetir información dispersa por las páginas anteriores.

mación de primera mano: constituyen el primer catálogo de escritores ingleses y son la gran fuente de todos los demás.

Este repertorio permaneció en forma manuscrita hasta 1709, fecha en que fue publicado por Anthony HALL, bajo el título de *Commentarii de Scriptoribus Britannicis*. Presenta una relación de aproximadamente 600 escritores en el sentido más amplio de la palabra.

2. En 1549, JOHAN BALE (1495-1563) —obispo, hombre muy culto y de temperamento extremadamente irascible (25)—, publicó, basándose en Leland, *The Laboryouse Journey & Serche of Johan Lelande for Englandes Antiquitees*. Se trata de una obra escrita en inglés, cuya introducción es especialmente valiosa porque allí se encuentra la descripción clásica de la destrucción de libros y manuscritos en el segundo cuarto del siglo XVI y por su angustiosa llamada a los patriotas para que pongan fin a la misma e inicien sin demora las operaciones de salvamento.

Pero su trabajo más importante es un catálogo o «pre-historia» que se publicó en Basilea en septiembre de 1557, en su segunda edición revisada y aumentada: *Scriptorum Illustrium Maioris Britanniae /.../ Catalogus; a Iapheto per 3.618 annos, usque ad annum hunc Domini 1557* (27).

Este repertorio —escrito en latín y ordenado cronológicamente— contiene aproximadamente 1.400 nombres, agrupados en «centurias» (es decir: en series de cien), y comprende un

(25) Datos procedentes del *Dictionary of National Biography*, Vol. I, pág. 962, donde se añade: «He was a coarse & bitter controversialist» y «None of the writers of the reformation time in England equalled Bale in acerbity. He was known as "Billious Bale"».

(27) La primera edición, publicada en 1548, llevaba el título siguiente: *Illustrium Maioris Britanniae Scriptorum Summarium, in quinque centurias Divisum*.

He utilizado la reimpresión facsmil de la segunda edición (revisada y ampliada), publicada en Londres en 1971, por Gregg International Publishers y que incluye el índice («Index Britanniae Scriptorum»), publicado por primera vez en 1902, bajo la dirección de R. L. POOLE y M. BATESON.

período de tiempo que se extiende —a pesar de lo que se afirma en el título— desde Adán hasta 1557.

Sobre cada escritor se nos proporciona un doble tipo de información: una breves noticias de carácter biográfico —entre las que invariablemente se encuentran el nombre, lugar de nacimiento y rey bajo el que vivió— y una relación de sus obras (28), que se trata de una simple lista, pues no se indica el lugar y fecha de publicación, ni el nombre de la casa editora, formato y número de páginas, sino que, en una sola línea, se transcribe, a la derecha, el título (traducido al latín) y, a la izquierda, las primeras palabras de la obra, también vertidas a la lengua de Cicerón (29).

Indudablemente, Bale tenía un concepto de literatura muy generoso: considera que caen dentro del ámbito de su repertorio todos los escritores británicos que sea posible encontrar, y, de hecho, predominan los canónigos, teólogos, reyes, filósofos, matemáticos, obispos y eclesiásticos en general, mientras que hay muy pocos autores propiamente literarios (30). Además, incluye abundante material extra-literario —generalmente, al servicio de la política protestante, como, por ejemplo, un resumen de la historia biográfica de los Papas, donde se vierten opiniones muy desfavorables para los biografados— y legendario: una serie de escritores que no existieron más que en su imaginación, lo que no debe extrañarnos ya que la Ilustración quedaba todavía muy lejos.

(28) «Descripsi autem non personarum tantum nomina, sed & locorum ubi nati fuerunt: & Regum, quorum patrocinis & auspiciis floruerunt: ut quid quisque scripserit, & quae ingenii sui monumenta reliquerit, & quo servatoris nostri anno vixerit Inde facili negotio vel intelligi percipique possit», BALE, *Catalogus*, op. cit., 1.^a Introducción.

(29) He aquí dos ejemplos, dedicados a Chaucer («The Knight's Tale» y «The General Prologue»), que aparecen en la pág. 525:

«Fábulas Cantianas 24 Lib. 1 Ollim erat, ut veteras historiae Innuunt
«Praefationes earumden Lib. 1 Dum Imbribus suavibus Aprillis»

(30) Entre los escasísimos autores literarios se encuentran: Gower, pág. 524; Chaucer, 525; Occleve, 537; Lydgate, 586; Malory, 628; Skelton, 651; More, 655; Barclay, 723.

3. El librero ANDRE MAUNSELL publicó en 1595, su *Catalogue of English Printed Books*, importante por tener un carácter menos literario y más bibliográfico, y porque, como ha puesto de relieve Malclès (31), presenta innovaciones fundamentales en la técnica de redacción: los nombres de los autores aparecen claramente transcritos, los títulos son muy detallados, y, además, se proporcionan los nombres de los impresores, el formato y la fecha de publicación.

4. En 1619, apareció *Relationes Historicae de Rebus Anglicis*, de JOHAN PITS (1560-1616). Se trata de un catálogo escrito en latín, ordenado cronológicamente, y en el que se incluyen todo tipo de escritores británicos. Sigue de cerca a Leland y a Bale, y su aportación personal se reduce a una serie de autores católicos exilados durante el período de la Reforma.

5. En 1748, se publicó otro repertorio muy importante: la *Bibliotheca Britannico-Hibernica sive de Scriptoribus qui in Anglia, Scotia, et Hibernia ad Saeculi XVII initium floruerunt*, de THOMAS TANNER (1674-1735). Es una obra escrita en latín y ordenada alfabéticamente (tomando como punto de referencia el apellido de los autores). Sigue a Leland y a Bale, pero también aporta material nuevo (32).

B) COLECCIONES DE BIOGRAFIAS:

Pero las «pre-historias» literarias adoptan también una segunda forma: la de colecciones de biografías, lo que no debe

(31) MALCLES, op. cit., pág. 33.

(32) Para comprender la importancia de esta obra fundamental creo que es suficiente recordar aquí las palabras de David Nichol SMITH, quien, refiriéndose a la obra de Tanner, afirmó en 1929 que este libro «till not so long ago was a standard work of reference for our early literature» y que «Warton knew this book well. When he refers to an author not mentioned by Tanner, he will tell us so in a footnote», David Nichol SMITH, «Warton's History of English Poetry», *Proceedings of the British Academy*, vol. XV, 1929, pág. 77.

sorprendernos en absoluto, no sólo porque el interés por la biografía armoniza muy bien con la idea humanista de la exaltación y celebración del hombre y de sus realizaciones, sino especialmente porque no se trataba de un fenómeno nuevo, ya que existía el precedente de una tradición que se remontaba a la antigüedad greco-latina —es decir, «los autores clásicos también habían celebrado a los "Viri Illustres" en colecciones» (33) de biografías—. Recordemos, entre los precedentes más importantes, a Plutarco y sus *Vidas Paralelas* (c. 100) —«obra con la que comienza verdaderamente la era de la biografía en el mundo clásico» (34)—; *De Viris Illustribus* (c. 140) de Suetonio; las *Vidas de los filósofos ilustres* (c. 250) de Diógenes Laercio, y *De Viris Illustribus* (392) de San Jerónimo.

Ahora bien, la importante no es únicamente que los humanistas —siguiendo el ejemplo de Petrarca y su *Liber de Viris Illustribus* (1338), colección de 24 biografías— volvieran a poner de moda este género tan antiguo, sino sobre todo que introdujeran dos novedades fundamentales: en primer lugar, las biografías de artistas y literatos (35) —hasta ahora prácticamente inexistentes—, cada vez ocupan más espacio y, gradualmente, pasarán al primer plano. En efecto, partiendo del modelo clásico de las colecciones de vidas de hombres ilustres en general —«De Viris Illustribus»—, mediante un lento proceso de especialización, se pasa a un segundo estadio en el que lo fundamental son las vidas de escritores —de todo tipo,

(33) Eduard FUETER, *Historia de la historiografía moderna*, dos vols., Buenos Aires, Nova, 1953, vol. I, pág. 108.

Por otra parte, Robert ESCARPIT afirma que «Au milieu du II^e siècle de notre ère commence la regne du "De viris"», ESCARPIT, «Histoire de l'histoire de la littérature», en *Encyclopédie de la Pléiade*, dirigida por Raymond QUENEAU, París, Gallimard, 1958, vol. III, pág. 1.751.

(34) «C'est avec les *Vies Parallèles* de Plutarque que commence vraiment l'âge de la biographie», ESCARPIT, op. cit., pág. 1.752.

(35) FUETER insiste en que Boccaccio fue el creador de las biografías de artistas con su *Vida de Dante* (1357-62): «Con la *Vida de Dante*, Boccaccio inauguró un género nuevo en la literatura histórica, la biografía de artistas», op. cit., vol. I, página 22.

naturalmente: teólogos, filósofos, matemáticos, poetas, etc.—, y, posteriormente, a una tercera fase en la que predominan claramente los especialistas en una disciplina (en nuestro caso, los autores literarios en sentido estricto).

Otra novedad importante radica en la aparición de un cierto sentido histórico al abandonar el orden alfabético y estructurar cronológicamente las biografías.

El número de colecciones biográficas que se publicaron en Europa en el período 1548-1774 fue realmente elevado, pues se trata de un género que, como se verá más adelante, disfrutó de gran popularidad. Por razones de espacio, me limitaré a reseñar aquí las más destacadas —insistiendo especialmente en la aportación de cada una de ellas— en el ámbito de nuestro estudio: Inglaterra. Son, por orden cronológico, las siguientes:

1. THOMAS FULLER, *The History of the Worthies of England* (1662). Obra sorprendente, donde junto a una primera parte en la que se nos proporciona información sobre los edificios, maravillas, proverbios, aguas medicinales, hierbas... de cada uno de los condados ingleses, encontramos una colección de biografías —lugar, fechas de nacimiento y defunción, nombre y título de las obras, junto a una serie de anécdotas— de escritores en el sentido más amplio de la palabra, que presenta la peculiaridad de ser la primera que no está escrita en latín —como era tradicional—, sino en inglés.

2. EDWARD PHILLIPS, *Theatrum Poetarum or a Compleat Collection of the Poets, especially the most eminent, of all ages. The Ancients distinguished from the Moderns in their several Alphabets. With some Observations & Reflections upon many of them, particularly those of our Nation, together*

with a Prefatory Discourse of the Poets & Poetry in general (36). Escrito en inglés y publicado en 1675.

Se trata de una colección de «biografías» —más apropiado sería decir noticias sueltas— realmente esquemáticas (37), presentadas en orden alfabético (tomando como base el nombre de pila) —lo que hace que esta obra esté más cerca de un diccionario que de una historia—, y divididas en dos partes independientes. La primera, dedicada a «Eminent Poets among the Ancients», empieza con «Agathon, a tragic poet, who flourisht in the first year of the 19th Olympiad» (pág. 9), y en ella predominan los «autores» no ingleses, como ejemplo, el español Damasus, el rey David de Israel, Eurípides, etcétera; pero la segunda («Eminent Poets among the Moderns»), que se inicia con Abraham Cowley (II Parte, pág. 1), es mucho más importante porque, por primera vez en este tipo de obras, los autores ingleses específicamente literarios son mayoritarios. Las fuentes principales son Leland, Bale, Pits y Fuller.

La información sobre las obras es prácticamente nula. En el mejor de los casos, nos proporcionan los títulos de algunas de ellas —sin incluir ningún tipo de datos bibliográficos, por supuesto—, y, a veces, también el género (38) al que pertenece una determinada obra.

Como ya se ha visto, el prefacio es una fuente de información muy valiosa sobre los conocimientos de historia literaria que existían en el último tercio del siglo xvii.

(36) Cito el título completo —igual que, más adelante, en el caso de Langbaine y Wood—, a pesar de su extensión, porque considero que proporciona información importante.

(37) Por ejemplo, de Chaucer se dice que es «one of the first refiners of the English Language» (2.ª parte, pág. 51), para después limitarse a afirmar que vivió en los reinados de Enrique IV, V y VI (sic) y que fue poeta laureado. No se menciona ninguna de sus obras, hecho que se repite persistentemente, sobre todo en la primera parte.

(38) Por ejemplo, se dice que «Sejanus» (Ben Jonson) es una tragedia y que «The Faerie Queene» (Spenser) es un poema épico. Edward PHILLIPS, *Theatrum Poetarum*, op. cit., págs. 19 y 34, respectivamente.

3. WILLIAM WINSTANLEY publicó *The Lives of the Most Famous English Poets* en el año 1687.

Su aportación es doble. Por una parte, aquí tenemos ya una colección de biografías ordenadas cronológicamente —paso que nos aleja del diccionario y nos acerca a la historia—, y, por otra, Winstanley da el salto a ese tercer estadio del proceso de especialización de las bio-colecciones en el que predominan claramente los autores ingleses y específicamente literarios; es decir, con Winstanley, las colecciones de biografías se han convertido, por primera vez, en una historia biográfica —muy esquemática todavía, naturalmente— de los literatos ingleses (39).

4. En 1691 GERARD LANGBAINÉ publicó *The Lives & Characters of English Dramatick Poets. Also an exact Account of all the Plays that were ever yet Printed in the English Tongue; their Double Titles, the Places where Acted, the Dates when Printed & the Persons to whom Dedicated; with Remarks & Observations on most of the said Plays.*

Esta obra —escrita en inglés— supone un paso atrás por la utilización del orden alfabético (tomando como base el apellido), pero, al mismo tiempo, representa también un avance, porque, como indica el título, es mucho más completa que cualquiera de las obras anteriores desde el punto de vista bibliográfico.

5. También en 1691 ANTHONY WOOD publicó *Athenae Oxonienses. An Exact History of all the Writers & Bishops who have had their Education in the most ancient & famous*

(39) René WELLEK ha visto muy bien la aportación de Winstanley: «We must stress the importance of his having laid foundations of a biographical history of English literature. Here are the main English writers from Robert of Gloucester (who, even in Warton, figures as the first English author) down to Dryden, Etherege & Wycherley», WELLEK, *Rise*, op. cit., pág. 18.

University of Oxford from the Fifteenth year of King Henry the Seventh, Dom. 1500, to the End of the year 1690. Representing the Birth, Fortune, Preferement, & Death of all these Authors, & Prelates; the great Accidents of their Lives, & the Fate & Character of their Writings.

Se trata, en esencia, de una serie de biografías —seguidas de listas de obras— escritas en latín y ordenadas cronológicamente.

La aportación de esta obra es doble: en primer lugar, presenta una considerable cantidad de material nuevo (40). Y, en segundo lugar, son muy importantes las palabras dedicadas al lector («To the Reader») y el prefacio, donde, entre otras cosas, Wood nos habla de la situación de la historiografía literaria en aquella época, de las razones por las que se decidió a publicar la obra en latín —obtener una mayor difusión— y de los motivos que le empujaron a escribir la misma: «para mayor gloria de Inglaterra».

6. En 1720, GILES JACOB publicó *The Poetical Register, or, The Lives & Characters of the English Dramatick Poets, with an Account of their Writings*, obra que sigue el orden alfabético y que, a pesar del título, no se limita al teatro. Predominan los escritores ingleses propiamente literarios.

7. THEOPHILUS CIBBER, *The Lives of the Poets of Great Britain & Ireland to the Time of Dean Swift*, 1735. Se trata, en realidad, de una historia biográfica de los literatos ingleses e irlandeses desde Chaucer hasta Swift.

8. *A Catalogue of the Royal & Noble Authors of England, with Lists of their Works* (1758) de HORACE WALPOLE su-

(40) «*Athenae Oxonienses* [...] is a monument of minute seventeenth century learning, a mine which it took long to exhaust», WELLEK, *Rise*, op. cit., pág. 19.

pone dar dos pasos hacia atrás, pues es una colección de biografías de hombres ilustres —los reyes ingleses ocupan un lugar muy destacado: Ricardo I, Eduardo II, Enrique VIII, Isabel I, etc.—, pero el prefacio («Advertisement») es muy importante porque arroja luz sobre la gran popularidad de que disfrutaban las «pre-historias» en la primera mitad del siglo XVIII, al tiempo que ridiculiza la superabundancia de las mismas en dicha época.

Para concluir este punto, es necesario insistir con Welles (41) en que estas colecciones, en realidad, no son sino series de biografías —ordenadas cronológicamente, en el mejor de los casos— completamente aisladas, que flotan «in vacuo» —es decir, fuera del contexto histórico apropiado—, y en las que, generalmente, los biografiados no están estudiados como autores literarios.

Por otra parte, es también interesante resaltar que las bio-colecciones culminaron en la publicación de *The Lives of the Poets* (1779-81) del doctor Johnson (42), publicada cinco años después de la aparición del primer volumen de la primera historia de la literatura inglesa: *The History of English Poetry* (1774-77-81) de Thomas Warton (43).

(41) WELLES, *Rise*, op. cit., págs. 21 y 22.

(42) Se trata de una serie de biografías (Independientes unas de otras) de poetas ingleses, desde la Restauración hasta la época del Dr. Johnson, escrita desde la perspectiva de la ortodoxia neoclásica: se desprecia la literatura anterior al período «Augustan» y se parte del supuesto de que la literatura inglesa empieza con Waller y culmina en la perfección de Pope.

Estoy de acuerdo con O'LEARY en que el valor de «*The Lives*», desde el punto de vista *historiográfico* es muy reducido. Vid. O'LEARY, op. cit., pág. 36.

(43) El interés por las colecciones de biografías de autores literarios continuó después del período de estudio del presente trabajo. Baste señalar, a modo de ejemplo: Thomas WRIGHT, *Biographia Britannica Literaria*, 2 vols., 1842-46, y Henry MORLEY, *English Writers*, 11 vols. (sólo hasta la muerte de Shakespeare, 1616), 1887-95.

C) CARACTERISTICAS GENERALES DE LAS «PRE-HISTORIAS»

1. En primer lugar, es preciso resaltar que se trata de un fenómeno internacional (44) —con especial incidencia en Alemania— y que las «pre-historias» tienen su «lengua propia»: el *latín* (45), idioma en que están escritas la mayoría de ellas. Este es un hecho muy significativo que nos indica claramente el destinatario de las mismas: un público eminentemente culto. Un documento muy valioso, desde este punto de vista, son las siguientes palabras de Anthony Wood que se encuentran en el prefacio de su *Athenae Oxonienses*:

«At length reducing all my Collections to an ultimate method, composed my book which is here laid before you in the English tongue, & in that language I intended to print it. But the Chief Governours of the University having knowledg of my labours & designe, offered me a sum of money for my copie, with intentions to have it in Latin, because the fame & dignity of this University might be more knowne & made the greater throughout the learned Universe: which proffer I accepted» (46).

Es decir, a pesar de tratarse de una fecha tan tardía como es 1691 (47), las autoridades de la Universidad de Oxford decidieron publicar *Athenae Oxonienses* en la lengua propia de

(44) Vid. lista Internacional —que no pretende ser exhaustiva ni mucho menos— en Claude CRISTIN, op. cit., págs. 36-43.

(45) CRISTIN afirma: «Nous croyons toutefois pouvoir avancer que les quatre cinquièmes environ de ouvrages d'*Histoire Littéraire des Scavans* —esta es la forma en que él denomina lo que, en el presente trabajo, se llama «pre-historias»— furent écrits en latin (en France comme dans les autres pays occidentaux)», CRISTIN, op. cit., pág. 43.

(46) Anthony WOOD, op. cit., Introducción.

(47) No debemos olvidar que la primera «pre-historia» se había publicado en 1548 (BALE, *Summerium*, op. cit.), es decir: 143 años antes.

«pre-historias»: el latín. Y lo hicieron así porque se trataba de conseguir la mayor difusión posible —con el consiguiente prestigio, naturalmente— y el latín —el vehículo de comunicación cultural en la Europa del siglo xvii— tenía una proyección internacional de la que carecía la lengua Shakespeare en aquella época.

2. A diferencia de lo que sucedía con las colecciones de vidas de hombres ilustres —que recibían automáticamente la denominación de «De Viris Illustribus»—, en Inglaterra (48) no existe un término genérico (admitido por todos y utilizado de forma sistemática) para designar a lo que, en este trabajo, se llaman «pre-historias», sino que reciben nombres muy variados sin que por ello cambie el contenido (49). La mejor prueba de esta afirmación son, naturalmente, las denominaciones tan variopintas con que los propios autores designan a sus obras en los títulos de las mismas: «Summarium», «Elogia», «Catalogus», «Relaciones», «Theatrum», «Censura», «Athenae», «Commentarii», «Register», «Bibliotheca», «The Lives», etcétera (50). Y sólo muy tarde aparece la denominación de «HISTORIA LITERARIA». René Wellek afirma que *Scriptorium*

(48) La situación es distinta en la Europa continental, donde predomina de forma clara al denominación de «Bibliotheca», término que se utiliza sistemáticamente para designar a todo el género.

(49) Insisto en que estos cambios de terminología no alteran en absoluto el contenido: vidas de hombres ilustres, primero; biografías y escritos de autores en general, después; y de literatos, por último.

(50) Para evitar repeticiones innecesarias, en los ejemplos que vienen a continuación, únicamente proporcionaré los datos bibliográficos completos de aquellas obras («pre-historias») que no figuran en la relación de repertorios y de bio-colecciones que se encuentra en las págs. 280 a 289 del presente trabajo; en los demás casos, me limitaré a indicar el apellido del autor y, entre paréntesis, la fecha de publicación de la obra, pues hay algunos, como Bale, que publicaron más de una «pre-historia»: «Summarium» (BALE, 1548); «Elogia»: George LYLY, *Virorum Aliquot In Britannia Elogia* (1548); «Catalogus» (BALE, 1557; WALPOLE —en inglés—, 1758); «Relaciones» (PITS, 1619); «Theatrum» (PHILIPS, 1675); «Censura»: Sir Thomas Pope BLOUNT, *Censura Celebriorum Authorum* (1690); «Athenae» (WOOD, 1691); «Commentarii»: Anthony HALL (dr.), *Commentarii de Scriptoribus Britannicis* (1709); «Register» (JACOB, 1719); «Bibliotheca» (TANNER, 1748); «The Lives» (WINSTANLEY, 1687; LANGBAINE, 1691).

Ecclesiasticorum Historia Literaria (1688) de William Cave, es la primera obra escrita por un inglés que lleva el título de «Historia Literaria» en la portada (51).

3. Pero la característica fundamental de las «pre-historias» es que son «un género personalizado». Efectivamente, tal como escribe Claude Cristin, «incluso cuando se trata de obras de carácter más bibliográfico que biográfico, sus índices o tablas de materias no enumeran disciplinas» —teología, matemáticas, filosofía, medicina, gramática, derecho, poesía— «sino categorías de individuos» (52), —teólogos, matemáticos, filósofos, médicos, gramáticos, jurisconsultos, poetas—. Dicho de otra forma: el verdadero objetivo no son las obras (53), sino los escritores; no son historias de la literatura sino *HISTORIAS DE LOS ESCRITORES*. Una vez más, los títulos de las «pre-historias» son sumamente reveladores: «*Scriptorum Illustrium Catalogus...*», «*Theatrum Poetarum or a compleat Collection of the Poets...*», «*Censura Celebriorum Authorum...*», «*Athenae Oxonienses. An exact history of all the Writers...*» etcétera (54).

(51) WELLEK, op. cit., pág. 19

(52) «Un genre personnalisé» y «même lorsqu'il s'agit d'ouvrages plus bibliographiques que biographiques /.../, leurs Index ou leurs tables de matières énumèrent non des «sciences» mais des catégories d'individus», CRISTIN, op. cit., pág. 32.

(53) Quizá la explicación se encuentre en que, a diferencia de lo que sucede en «nos bibliographies actuelles où les auteurs sont sacrifiés entièrement a la description complete et technique des livres /.../, l'idée de traiter un livre par lui même, d'en donner le titre exact avec collation rigoureuse, ne vient pas encore à l'esprit», MALCLES, op. cit., pág. 19. Citado por CRISTIN, op. cit., pág. 33. Ya se ha dicho anteriormente que, en los repertorios —Bale es un ejemplo muy claro— la información sobre los libros es mínima: en los mejores casos se queda en simples listas de títulos, y, generalmente, con bastante imprecisión.

La nueva bibliografía, tal como informa MALCLES, no apareció hasta finales del siglo XVIII, momento en que esta disciplina se divorcia de la biografía para convertirse en una ciencia autónoma, en la «ciencia del libro». Vid. MALCLES, op. cit., página 11..

(54) Los títulos completos y demás datos bibliográficos se encuentran en las páginas 280 a 289 y en la nota número 50. (El subrayado es mío.)

Y es preciso insistir en que este es el rasgo esencial de las «pre-historias» (que luego va a pasar a las historias de la literatura, por lo que sería mucho más correcto denominarlas «historias literarias del autor»); lo realmente importante son los hombres ilustres —los escritores—, y la prueba es que presentan incluso los nombres y datos biográficos de aquellos autores cuyas obras han perecido.

4. El radio de acción de estas obras es muy amplio, característica que se debe, fundamentalmente, al origen de las mismas (55). Efectivamente, como ya se ha visto en el curso del presente trabajo, las primeras «pre-historias» se confunden, por una parte, con las primeras bibliografías nacionales, y, por otro lado, tienen su origen en las colecciones de vidas de hombres ilustres, género en el que, a lo largo de un lento proceso de especialización, se pasa a un segundo estadio en el que predominan las vidas de escritores de todo tipo, y, posteriormente, a una tercera fase en la que son mayoría absoluta los autores literarios en sentido estricto, que, además, cada vez ocuparán una porción mayor de la obra.

Pues bien, el problema radica en que no se trata de un proceso puramente cronológico y perfectamente sincronizado, sino que prácticamente en todo momento coexisten «pre-historias» que pertenecen a cualquiera de los tres estadios. De hecho, dentro de los límites temporales del presente trabajo —1548-1774—, las «pre-historias» más numerosas son las que se basan en un concepto de escritor muy amplio —pertenecen, por consiguiente, a la 2.^a fase—, es decir: las que entienden que «escritor» es todo aquel que ha escrito algo, ya se trate de libros de medicina, teología, pintura, escultura, política,

(55) En algunos casos hay también otra razón que explica esta amplitud: la incorporación de material totalmente ajeno a las «pre-historias». Por ejemplo, BALE introdujo en su «Catalogus» (1557) un resumen de la historia biográfica de los Papas.

ciencia militar, numismática, filosofía, astronomía, historia, geografía... o poesía, que, no debemos olvidar, era simplemente una categoría más y no gozaba de ningún tipo de privilegios (56).

Por otra parte, es necesario resaltar que, en la gran mayoría de los casos, el salto de la segunda a la tercera fase se da de forma incompleta, por lo que, en las «pre-historias» propiamente literarias o del tercer estadio, normalmente quedan residuos de la segunda fase (57): una serie de figuras ilustres de la historia de la cultura. Son muy interesantes, en este sentido, las palabras con que Edward Phillips trata de justificar —en el prefacio de *Theatrum Poetarum*— la inclusión, en su «pre-historia» literaria, de un cierto número de personalidades del mundo de la cultura (destacados filósofos, historiadores, matemáticos...):

«And now before conclude, I cannot but to call to mind something that may be alledged against some very noted Writers, either Philosophers, Historians, Mathematicians, or the like, here mentioned, who for what they are said to have written in Poetry, being perhaps small or inconsiderable, will scarce be thought worthy a place among the Poets; it is true, indeed, they do not shine here as in their proper sphere of Fame, nevertheless since it is not ungrateful to many to know all that hath been written by famous men /.../, I judged it not impertinent to mention as

(56) Estas «pre-historias» eran, en realidad, historias de la civilización. Por otra parte, es interesante recordar que en el siglo XIX encontraremos historias basadas en este concepto tan «abierto» de literatura. Ejemplo, la siguiente obra de Henry HALLAM: *Introduction to the Literature of Europe in the 15th, 16th, & 17th Centuries*, 1837-39.

(57) También es interesante señalar que, en las «pre-historias» del segundo estadio, a veces encontramos restos de la primera fase; es decir: una serie de «hombres ilustres» —ejemplo, reyes— cuya única razón de ser radica en que se trata de hombres famosos (en virtud de motivos extra-literarios, naturalmente).

well those Famous men in other Faculties, who have also writ Poetically, as the most Famous of Poetical Writers» (58).

Pues bien, lo verdaderamente importante es que aquí tenemos el origen y la explicación histórica de otro rasgo típico de la historia literaria del autor: la inclusión de un cierto número de no literatos, que puede observarse en la práctica totalidad de las historias de la literatura inglesa, tanto del siglo XIX como del XX (59).

5. Otra característica de las «pre-historias» es el tipo de información que ofrecen.

En este sentido, se trata de obras muy ambiciosas: su objetivo es ofrecernos información sobre *todos* los escritores y sobre cuantas obras hubieran escrito, prescindiendo de la calidad de las mismas.

De nuevo, los títulos resultan muy significativos. La palabra «all» y otras que expresan el concepto de «totalidad» se repiten insistentemente en los mismos: «Theatrum Poetarum or a *Compleat* collection of the Poets...», «Athenae Oxonienses. An exact History of *all* the Writers & Bishops...», «The Lives & Characters of English Dramatick Poets. Also an exact Account of *all* the Plays...» (60).

(58) PHILLIPS, op. cit., introducción.

(59) Por ejemplo, entre los numerosos residuos correspondientes a lo que en este trabajo hemos denominado «2.ª fase de las «pre-historias», en la excelente historia de la literatura —un clásico, como lo prueban sus numerosas reimpresiones, que durante mucho tiempo fue la historia standard en muchas universidades— del distinguido profesor francés Louis CAZAMIAN, se encuentran: filósofos (Hobbes, Locke, Hume, Berkeley, Stuart Mill); pensadores políticos (Halifax, Bolingbroke, Mandeville, Burke, Bentham, Malthus); pensadores religiosos (Tillotson, Wesley); científicos (Darwin, Spencer); y también un nutrido grupo de historiadores (Clarendon, Hume, Robertson, Gibbon, Macaulay, Buckle, Lecky, Green, Gardiner), etc. E. LE-GOUIS & L. CAZAMIAN, *A History of English Literature*, 1924. He utilizado la reimpresión inglesa de 1971, publicada en Londres por la editorial Dent.

(60) El subrayado es mío.

Por otra parte, Edward Phillips, en la introducción de *Theatrum Poetarum* (1675), después de lamentar que haya «so many buisy inquirers after Books, not good Books, but Books», se queja de que haya gente que protesta incluso por la menor omisión, hasta por la exclusión de un «single-sheeted pie-corner poet (61). Y en «To the Reader» de *Athenae Oxonienses* (1691), Anthony Wood advierte que «you have not only those —escritores— of the Chief Rank, who are just & compleat Authors, but also the less considerable, & even Translators» (62).

Este afán de ser exhaustivos (de incluir absolutamente a todos los escritores) —justificado por las funciones que, como se verá posteriormente, desempeñaban las «pre-historias»—, es muy importante porque dará lugar a otra característica típica de la historia literaria del autor: la inclusión de un elevado número de autores mediocres junto a los escritores de primera fila.

Ahora bien, dentro de este marco, el tipo de información que nos ofrecen las «pre-historias» es de carácter muy específico. Sobre los autores, se suele proporcionar los siguientes datos: nombre, lugar y fecha de nacimiento y defunción, y el monarca bajo cuyos auspicios florecieron. A veces, «este esqueleto se rellena con algunas anécdotas referidas a la vida del autor». Las siguientes palabras de Fuller son bastante representativas:

«I confess the subject is but dull in it self, to tell the time & place of men's birth, & deaths, their names, with the names & number of their books, &

(61) Edward PHILLIPS, op. cit., Introducción.

(62) Anthony WOOD, op. cit., «To the Reader».

Por otra parte, creo que no estará demás recordar que en la segunda introducción de su *Catalogus* (op. cit.), BALE afirma que, en su obra, ha incluido a todos los «viri» Ingleses «quotquot extant & reperiri possunt».

therefore this bare skeleton of Time, Place & Person, must be fleshed with pleasant passages» (63).

Además, cada vez se irán incorporando más detalles y anécdotas sobre los accidentes más notables de la vida de los autores, hasta llegar, en algunos casos, a formar verdaderas biografías a escala reducida (64).

En cuanto a las obras, la información es, generalmente, muy pobre y se limita, en la mayoría de los casos, al título de las mismas (65), lo que resulta lógico si tenemos en cuenta que el centro de interés es el autor.

6. Es suficiente leer (una vez más) esa mina de información que es la introducción —donde los autores exponen los objetivos que persiguen y los motivos que les han impulsado a publicar las obras— para darse cuenta de que las «pre-historias» desempeñan varias funciones:

a) En primer lugar, salta a la vista que una buena parte de las publicadas durante los siglos XVI y XVII tenían una clara función de tipo propagandístico: su misión era servir a Inglaterra, aumentar su gloria y su prestigio, presentando y difundiendo una imagen favorable de dicho país como una nación culta, protectora de las letras, cuna de grandes figuras en todos los campos del saber —no olvidemos que la mayoría de las «pre-historias» (2.^a fase) eran, en gran medida, historias de la civilización—, y que tenía un palmarés —en el campo

(63) Thomas FULLER, op. cit., Introducción (dedicatoria: «To His Sacred Majesty»). La información de Anthony WOOD —otro ejemplo—, se refiere a «The Birth, Fortune, Preferement & Death of all these Authors & Prelates, the great Accidents of their Lives, & the Fate & Character of their Writings», op. cit., Introducción.

(64) El ejemplo más obvio es la bio-colección del Dr. JOHNSON, *The Lives*, op. cit.

(65) Esta es la tónica general, pero naturalmente, hay excepciones. Vid. la información sobre MAUNSELL y sobre LANGBAINÉ en las págs. 283 y 287, respectivamente, del presente trabajo.

de la cultura— que no tenía nada que envidiar al de los países más avanzados de Europa (66).

Efectivamente, aunque a ningún historiador literario del siglo xx se le ocurriría afirmar, en el prefacio, que ha escrito su obra «para mayor gloria de Inglaterra», esta es una aseveración que se repite insistentemente en la introducción de las «pre-historias». Así, por ejemplo, en *Athenae Oxonienses* (1691), se asegura que

«It is well known, that the Author of this Work hath through the whole course of is life, declin'd the pursuit of any private interest or advantage, & hath only, according to his abilities, endeavour'd to promote the honour & glory of that nation where he had been born; & more especially of that University wherein he was educated. His early application, or as some call it, his natural propensity to Histories & Antiquities made him more fit to serve his country in that than in any other study» (67).

Y, como ya se ha visto, este deseo de demostrar que Inglaterra era un país culto, era precisamente uno de los estímulos más fuertes que impulsaba a los anticuarios a tratar de evitar la pérdida y destrucción del pasado literario —a intentar «the salvagarde of those noble & precieuse monumentes» de Inglaterra, como manifiesta Bale en el prólogo de la primera «pre-historia»—, porque ello supondría «a moste horryble infamy» (68) para este país, cuya imagen sufriría un grave deterioro

(66) Son muy significativas las siguientes palabras de la «Epistle Dedicatory to Charles Caesar» de LANGBAIN: «I offer, Sir, to your Protection this History of the Lives & Works of all the Dramatick Poets of your Native Country, of which few Nations have produc'd so great a Number», op. cit., dedicatoria. (El subrayado es mío).

(67) WOOD, op. cit., Introducción.

(68) BALE, *The Laboryouse Journey*, op. cit., Introducción.

ante la opinión pública internacional, que consideraría a Inglaterra como una nación «bárbara» y enemiga de las letras.

b) Otra función de las «pre-historias» (íntimamente relacionada con la anterior y sobre la que también se insiste en los prólogos) es servir de PANTEON o MUSEO de hombres ilustres, primero; de personalidades destacadas en cualquiera de los campos del saber, después; y de poetas, por último. En efecto, no debemos perder de vista que se trata de un género «personalizado» y que, por consiguiente, lo importante no son las obras, sino salvar del olvido a los autores.

Esta es, sin duda alguna, la función más universal de las «pre-historias». Así, por ejemplo, Edward Phillips afirma, en la introducción de *Theatrum Poetarum* (1675), que el objetivo de su obra es «to keep alive the memories of famous men», e incluye hasta los nombres de autores cuyas obras se han perdido en el transcurso del tiempo y de aquellos que están completamente olvidados (69). En este sentido, se manifiesta también Thomas Fuller cuando pone de relieve, en el prólogo de su obra, que persigue cinco objetivos y que el segundo de ellos —el primero es servir a Dios— es, precisamente, «to preserve the memories of the Dead» (70) porque:

«It hath been the lawful desire of Men in all ages to perpetuate their Memories, thereby in some sort revenging themselves of Mortality, though few men have found out effectual means to perform it. For monuments made of Wood, are subject to be burnt; of Glass, to be broken; of soft Stone, to moulder; of

(69) Así, por ejemplo, en la segunda parte, se dice que Skelton está «utterly forgotten», PHILLIPS, op. cit., 2.ª parte, pág. 115.

(70) «Know then I propound five ends to my self in this book: first, to gain some Glory to God. Secondly, to preserve the memories of the Dead. Thirdly, to present examples to the living. Fourthly, to entertain the Reader with Delight. And lastly (which I am not ashamed publickly to profess) to procure some honest profit to my self», FULLER, op. cit., dedicatoria.

Marble & Metal, (if escaping the teeth of Time) to be demolished by the hand of covetousness; so that in muy apprehension *the fastest way to secure a memory from oblivion, is (next to his own vertues) by committing the same in writing to Posterity*» (71).

Pero el testimonio más significativo lo constituyen, sin lugar a dudas, las siguientes palabras del prefacio de Anthony Hall a su edición de los manuscritos de Leland en el año 1709:

«Praelare mihi semper visi sunt de Republica litteraria meruisse, *qui Vitas & Scripta Virorum Illustrium & eruditorum posteritati commendarunt*. Inter hos si non primus, (Bostonus enim praecesserat) praecipus tamen e nostratibus, fuit Joannes Lelandus Antiquarius (72).

Y a continuación Hall interpreta en esta misma línea la labor de Bale, Pits, Tanner, etc. Es decir, para este autor, que era un profundo conocedor de las «pre-historias», la función de las mismas era simplemente la de «inmortalizar las vidas y obras de los hombres ilustres y de los escritores» (73).

c) Otra función de las «pre-historias» es lo que podemos denominar, con las palabras de Sir Thomas Pope Blount, «UT REM LITTERARIAM PROMOVEREM» (74). Ahora bien, en mi opinión, estas palabras expresan el mismo concepto que otras que Bale escribió al final de la segunda introduc-

(71) FULLER, *ibid.* El subrayado es mío.

(72) Anthony HALL, *op. cit.*, prefacio. El subrayado es mío.

(73) Es interesante resaltar aquí que, incluso en las historias de la literatura del siglo XX, figuran numerosos autores hoy completamente olvidados y que estos manuales han recibido repetidas veces el calificativo de «museo», «cementerio», «panteón», etc.

(74) «Hoc vero consilii mihi solum fuit, ut quantum in me est rem litterariam promoverem», Sir Thomas Pope BLOUNT, *op. cit.*, Introducción («Ad Lectorem»).

ción de su «Catalogus» de 1557: «ut /.../ Scriptores omnes in honore habeantur» (75). Es decir, dado que se trata de un género personalizado, «ut rem litterariam promoverem» vendría a significar: «para promover y difundir una imagen favorable de los escritores» (76).

La prueba más contundente de que esto es así es que las «pre-historias» —y, muy en especial, los prefacios de las mismas—, están escritas en un inequívoco *tono de exaltación* y que —aunque, a veces haya ataques a determinados escritores, generalmente por razones extrínsecas (77)—, las referencias a la totalidad de los mismos, están formuladas siempre en términos muy favorables, con una clara abundancia de adjetivos de carácter laudatorio, de superlativos, y de expresiones muy elogiosas en general (78).

Este sentido de las «pre-historias» está perfectamente captado y expresado en las siguientes palabras de la presentación —anónima— de la edición de los manuscritos de Leland por Anthony Hall en 1709:

«Ingens turba Virorum Illustrium, tui simillorum ad te —i. e. Hall— grato animo accedunt ut, *etiamsi Lelandum habeant laudatorem*, te unum pro sospitatore suo agnoscant, quod Lelando vitam restituisti» (79).

(75) BALE, *Catalogus*, op. cit., 2.ª Introducción.

(76) En el sentido más amplio de la palabra, naturalmente.

(77) Debido, normalmente, a razones de orden político o religioso. Ejemplos claros son los furiosos ataques de BALE a los católicos y la actitud profundamente antiprotestante de PITS, op. cit.

(78) Ejemplos: BALE (Vid. nota 13 del presente trabajo): «praestantissimos Scriptores Angliae» (*Catalogus*, op. cit., 1.ª Introducción); *Theatrum Poetarum* está dividido en dos mitades, dedicadas respectivamente a «Eminent Poets» entre los Antiguos y entre los Modernos. Por otra parte, en la carta de presentación de la obra de PITS, se habla de «laudare viros gloriosos», y, en el título de BLOUNT, de «clarissimis Scriptoribus», al tiempo que WOOD llama a sus escritores y obispos «heroes» (op. cit., Introducción).

(79) Anthony HALL, op. cit., presentación.

De modo que aquí se ve la función de Leland —y, por extensión, la de las «pre-historias» en general— como la de un «elogiador» o «panegirista», pues eso es, precisamente, lo que significa la palabra latina «laudator» (80).

d) Pero las «pre-historias» cumplen, además, otra función mucho más directamente literaria, y, por consiguiente, más importante que las anteriores. En efecto, hasta finales del siglo XVIII, desempeñan el papel de *manuales bibliográficos*; son las grandes fuentes de información, verdaderos *bancos de datos* en los que se almacena prácticamente la totalidad de la información conocida sobre el tema (los escritores y sus obras), y que, además, tienen la gran virtud de que, generalmente, se trata de información actualizada, pues se van incorporando datos nuevos a medida que los anticuarios —no olvidemos que muchos autores de «pre-historias» eran ellos mismos anticuarios— los van sacando a la superficie.

La mejor prueba en este sentido es que —como ha demostrado Malclès (81)— hasta el último tercio del siglo XVIII, las «pre-historias» se confunden con las bibliografías nacionales,

(80) Claude CRISTIN explica esta función de las «pre-historias» de la siguiente forma: en su opinión, junto a «la imagen despectiva y pública» de los literatos —que se encuentra, muchas veces, en las obras literarias propiamente dichas—, existe otra «imagen favorable, de uso interno», completamente distinta, que se observa en las obras que los literatos se dedican a sí mismos (i.e. en las «pre-historias»): «S'il existe à coté de l'image dépréciative et *publique* des littérateurs une image qui leur est favorable, cette dernière, dans sa finalité et ses modalités, apparaît comme une représentation privée et si l'on peut dire, a usage interne», CRISTIN, op. cit., pág. 48.

Ahora bien, aunque esta teoría de CRISTIN se apoye únicamente en documentación extraída de la literatura francesa de la segunda mitad del siglo XVII —el trabajo de este autor francés está inacabado porque la muerte le impidió finalizarlo—, mi opinión personal es que se trata de una hipótesis de trabajo muy atractiva, que daría buenos resultados si se pusiera a prueba utilizando como base la literatura inglesa de 1650 a 1.750, aproximadamente, pero, como es natural, este es el tema de otro trabajo.

(81) «Le développement des études sur les littératures nationales se confond en effect, à l'origine avec celui des bibliographies d'écrivains. Les nombreux recueils qui, sous le titre de «Bibliotheca» —el término más generalizado de los empleados en la Europa continental para designar a las «pre-historias»—, vont s'échelonner sur trois siècles, lorsqu'ils sont réservés aux hommes de lettres d'un pays, préfigurent nos actuelles bibliographies nationales», MALCLÈS, op. cit., pág. 28.

y, de hecho, *Illustrium Maioris Britanniae Summarium* (1548) de Johan Bale, no es sólo la primera «pre-historia», sino que también tiene el honor de constituir la primera bibliografía nacional inglesa.

Por otra parte, este valor o función de las «pre-historias» lo comprendió perfectamente Warton —el primer historiador de la literatura inglesa—, ya que ésta es, precisamente, la utilización que él hizo de estas obras, y, en realidad, es suficiente echar un vistazo a las notas a pie de página de su *History of English Poetry* (1774-77-81) —no es posible consultar la bibliografía, pues, como es sabido, se trata de una obra inacabada y, por consiguiente, carece de la misma—, para comprobar que Warton sacó un gran partido a las «pre-historias» y que las utilizó como manuales bibliográficos. Así, por ejemplo, cita 49 veces a Leland (edición de Hall); 44, a Bale; 17, a Pits; 3, a Tanner; 4, a Phillips; 40, a Wood, etc. (82).

7. Otro hecho que conviene no pasar por alto es que las «pre-historias» gozaron de enorme popularidad (en los ambientes cultos, naturalmente). Ahora bien, mientras que en la Europa continental alcanzaron el cénit en el siglo xvii (83); en Inglaterra, la cima de la curva de la popularidad se alcanzó

(82) Estas cifras están sacadas de «Appendix B: A Bibliography of the Sources of Warton's *History of English Poetry*», de la siguiente obra de Clarissa RINAKEK: Thomas Warton: *A Bibliographical & Critical Study*, op. cit., págs. 208, 182, 219, 226, 218 y 232.

El bajo número de referencias a PHILLIPS se explica por el hecho de que la historia de Warton estudia fundamentalmente la literatura anterior al siglo xvi, y la obra del sobrino de Milton proporciona muy poca información sobre la Edad Media. Respecto a TANNER, se trata de un error de RINAKEK, y, de hecho, el número de veces que WARTON le cita es muy elevado.

(83) WOOD, por ejemplo, afirma: «In other Countries, particularly in France, Italy, & the Northern Nations, now above fifty years, the most famous Writers have employ'd their care in the account of Authors & Books, & have thought it more necessary to number & to marshal than to increase the Forces of the Commonwealth of Learning», WOOD, op. cit., prefacio.

Naturalmente, otra prueba de la popularidad de las «pre-historias» es su número, que fue —no existe la menor duda— muy elevado; aunque, en realidad, desconozcamos la cifra exacta, pues no existe ningún libro o trabajo que contenga una bibliografía exhaustiva de las mismas.

en los cincuenta años que van de 1690 a 1740. En este sentido, son muy significativas las siguientes palabras de la presentación («Ad Lectorem») de *Censura Celebriorum Authorum* (1690), donde Sir Thomas Pope Blount manifiesta que no puede sino esperar que su obra sea bien recibida, dada la gran aceptación que tenía este tipo de trabajos en aquella época:

«Equidem quum observarem *quam avide Acta Eruditorum, aliosque id genus libros arriperent Homines*, non solum qui infimum subsellium occupant, sed qui primum inter eruditos locum tenent; non possum non sperare hanc meam qualemcumque farraginem ipsis non omnino ingratham fore» (84).

Otro testimonio importante es el párrafo (1758), de Horace Walpole, que cito a continuación, y en el que se avala indirectamente la gran popularidad de las «pre-historias» —se ridiculiza, precisamente, la superabundancia de las mismas, mediante el procedimiento de la reducción al absurdo—, al tiempo que se indica que, en la cuarta década del siglo XVIII, se había alcanzado el punto de saturación y había comenzado el declive del género:

«Some years ago nothing was more common than such divisions of Writers. How many German, Dutch, & other heralds, have marshalled authors in this manner! B. Bonifacius made a collection of such as had been in love with statues: Ravisius Textor, of such as have died laughing: Vossius, of chronologers: Bartholinus, of physicians who have been poets. There are catalogues of modern Greek poets; of

(84) Sir Thomas Pope BLOUNT, op. cit., presentación («Ad Lectorem»). El subrayado es mío.

illustrious bastards; of translators; of Frenchmen who have studied Hebrew; of all the authors bred at Oxford, by Anthony Wood; & of all the British Writers in general by Bale, Pits & Bishop Tanner» (85).

8. Otra característica importante de las «pre-historias» es que no permanecieron fosilizadas entre 1548 y 1774, sino que, durante este período, sufrieron un lento y múltiple proceso de evolución, que, por supuesto, no fue rectilíneo, sino que continuamente se produjeron retrocesos en el mismo (86).

En primer lugar, se pasó de la utilización del latín (e. g. Bale, Pits), al inglés (Fuller y Phillips fueron los pioneros), y del orden alfabético basado en el nombre de pila (Bale), al del apellido (Langbaine, Tanner), y, posteriormente, al uso de la cronología (Winstanley).

Al mismo tiempo, se produjo también una clara especialización de las categorías de individuos incluidos en las «pre-historias» al pasar de un primer estadio (fase Humanista) en el que tenían cabida todo tipo de «Viri Illustres», a un segundo momento, en el que se ha operado una pequeña restricción —predominan los «escritores» en el sentido amplio de la palabra (87)— y, más adelante, a una tercera fase en la que la mayoría absoluta estará integrada por autores específicamente literarios (e. g. Phillips, Winstanley); si bien es necesario poner de relieve que la evolución no se llevó hasta sus últimas consecuencias, y que, por lo tanto, en la tercera fase quedan siempre residuos de las anteriores, y, muy en especial, de la segunda.

(85) WALPOLE, op. cit., Introducción («Advertisement»).

(86) Dos ejemplos claros de retrocesos: tras varias obras escritas en inglés (FULLER, 1662; PHILLIPS, 1675; WINSTANLEY, 1682), se volvió al latín, con WOOD, en 1691; y, después de haber aparecido «pre-historias» basadas en la cronología (PITS, 1619; WINSTANLEY, 1687), se publicaron obras ordenadas alfabéticamente (ejemplos: LANGBAINE, 1691; JACOB, 1720; TANNER, 1748).

(87) Es bien sabido que la mayor parte de las «pre-historias» pertenecen a la segunda fase. Ejemplos: LELAND, BALE, PITS...

En tercer lugar, la función informativa, a medida que avanza el siglo XVIII, terminará por suplantar a las demás.

Pero, sin lugar a dudas, el proceso evolutivo más importante —por sus repercusiones de largo alcance— es el que afecta al enfoque mismo de las «pre-historias», y que tiende a una ampliación progresiva de la información sobre las obras. Efectivamente, al principio, el hombre era lo único importante y la información sobre las obras era mínima —muchas veces ni siquiera se citaba el título de las mismas; otras (ejemplo: Bale, 1557) se reducía a una sola línea y ni siquiera se proporcionaban los datos bibliográficos más elementales—, pero, poco a poco, las obras empiezan a ser objeto de un cierto interés y lentamente se empiezan a dar detalles externos en torno a las mismas —fecha de publicación, formato, etcétera—, para, posteriormente —Langbaine fue uno de los pioneros—, incluir algunas observaciones sobre las obras propiamente dichas.

9. Por último, es fundamental insistir en que en las «pre-historias» ya están perfilados, con toda claridad, una serie de rasgos esenciales que, más adelante, van a conformar el primer paradigma de la historiografía literaria inglesa (i. e. la historia literaria del autor).

En primer lugar, en las «pre-historias» encontramos las razones que explican la absorción de la mayor parte del espacio historiográfico de las historias de la literatura por una sola dimensión del hecho literario —el autor, que ya aparece como el centro de interés y la unidad de organización— en detrimento de las otras dos —los textos y el lector—, situación a la que, desde el primer momento, estaban condenadas las historias de la literatura, dado el origen de las «pre-historias» en los «De Viris Illustribus» y debido a la absoluta personalización del género desde sus inicios.

En segundo lugar, aquí se halla la explicación —el afán de las «pre-historias» de ser exhaustivas y su carácter de «Panteón»— de la aparición, en las historias, de un buen número de autores de segunda fila, y el porqué de la inclusión en las mismas de una serie de no literatos (figuras destacadas del mundo de la cultura), que, de nuevo, hay que buscar en el origen de las «pre-historias» y en el hecho de que se trate de residuos de lo que, en este trabajo, se ha denominado «2.ª fase» del proceso de especialización que dio origen al género y que, como ya se ha dicho, nunca se llevó hasta sus últimas consecuencias (88).

En cuarto lugar, en las «pre-historias» se observa ya el tipo de información —predominantemente de orden biográfico y datos externos sobre las obras— que va a caracterizar a la historia literaria del autor.

Y, en último lugar, es preciso resaltar que, aunque no se pueda hablar de periodización—se trata de obras muy poco sofisticadas—, existe ya un claro punto de referencia —todavía utilizado asistemáticamente, eso sí—, que consiste sencillamente en vincular a los escritores al régimen político en el que desarrollaron su trabajo.

De modo que en las «pre-historias» se encuentra la explicación —el origen histórico— de un buen número de características fundamentales de la historia literaria del autor, y es aquí, precisamente, donde radica la vigencia que estas obras tienen en la actualidad, puesto que hoy ya no cumplen ninguna de las funciones que desempeñaron en otras épocas.

(88) Posteriormente, los historiadores han tratado de racionalizar estas inclusiones. Entre las justificaciones más extendidas se encuentra la que nos proporciona CAZAMIAN con respecto a la obra de Carlos Darwin: «The work of Darwin cannot be said to belong to literature /.../ —pero— It is a work which takes place in the front rank of the history of ideas, & therefore, the historian of literature cannot afford to neglect it», LEGOUIS & CAZAMIAN, op. cit., págs. 1.116-17.